

---

CAPÍTULO 5

**LA REFORMA EDUCATIVA, LA FORMACIÓN  
Y LA AUTONOMÍA. HISTORIAS DE DESENCUENTRO**

*Beatriz Ramírez Grajeda\**

*Transformar el sistema educativo hoy, supone universalizar los conocimientos de la revolución informática y los de la revolución democrática. Supone también redistribuir los sistemas de decisión y de producción en el campo político, tecnológico de bienes y de servicios. La educación básica o general es tan importante como la especializada; la educación técnica o científica para la producción de bien la prestación de servicios es tan importante como la educación política y moral para la democracia.*

Pablo González Casanova (2013)

Estas reflexiones derivan de dos investigaciones: la primera, *Convocatorias de identidad en los mass media y sus expresiones en la formación de niños y adolescentes*, la cual ha permitido acercarnos al ámbito de las escuelas secundarias, con la intención de responder ¿qué hacen

---

\* Profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Miembro del SNI.

los adolescentes con lo que ven en la televisión?, y las redes de significación que se tejen entre ellos para otorgar sentido a su vida; la segunda, *Convocatorias de identidad en la elección de carrera*, que nos permite advertir los destinos de una educación compleja, diferenciada y organizada para la sumisión y el control de los sujetos. Ambas investigaciones forman parte del programa *Tiempo y formación. Trayectorias de la condición humana* y han partido de la exploración de prácticas singulares en la educación de niños, adolescentes y jóvenes que, aseguramos, socializan modos de ser, logrando la costumbre frente a la violencia, la exclusión, la marginación y la heteronomía; tal naturalización logra reconocimiento y legitimación en discursos y políticas, cuyas contradicciones sólo afianzan confusión y seguimiento acrítico de esas prácticas. De ahí la complejidad para forjar alternativas.

Proponemos una lectura crítica y reflexiva sobre dos nociones que se juegan en la actual reforma educativa: la primera es la noción de autonomía de gestión, y la segunda la de responsabilidad social a las que se refieren los artículos 12 y 13. En particular nos referiremos a los apartados (artículos 12 y 13) donde se consigna que se anota que la SEP será la encargada de “fijar los lineamientos generales de carácter nacional a los que deban ajustarse las escuelas públicas de educación básica y media superior para el *ejercicio de su autonomía de gestión* escolar, en los términos del artículo 28 bis”, y que deben contribuir a “la participación activa de todos los involucrados en el proceso educativo, con sentido de *responsabilidad social*” (Decreto, 26 de febrero de 2013). Esperamos que nuestra reflexión contribuya a vislumbrar nuestra formación en un mundo organizado por el dinero y el trabajo.

## **ARRIESGUAMOS LAS HIPÓTESIS**

Existe en la ley una violencia que le es inherente para hacerse ejercer. Trata de domeñar la naturaleza humana, las pulsiones, las pasiones,

los afectos. Su función de límite y posibilidad la hace fácil blanco de críticas. Quien la detenta está ilusoriamente dotado de un poder al que frecuentemente se supone irrestricto aunque penda del reconocimiento de otros para hacerlo efectivo.

Las modificaciones a la constitución que han habilitado las actuales reformas estructurales, entre ellas la educativa, exhiben una violencia que no sólo contradice los principios de democracia que se esgrimen a menudo para justificar libertades, reglamentos nuevos, decretos incoherentes, decisiones unilaterales que atañen a la ciudadanía, sino que exhiben indiferencia o falta de reflexión sobre la sociedad, ignorancia sobre el campo educativo y una filosofía política carente de toda crítica.

No es mi propósito reflexionar sobre la reforma educativa en tan poco espacio, porque ésta tiene muchas aristas y merece muchas disecciones, análisis y discusiones desde diversas lupas; me centraré simplemente en uno de sus aspectos que parece irrisorio, pero tiene que ver con el decreto de autonomía a las gestiones escolares. Invito al lector, me acompañe en esta reflexión, pues sostengo que:

1. Hay una violencia en los procedimientos administrativos que dista mucho de promover la autonomía.
2. Existe una organización basada en las relaciones jerárquicas que de entrada impiden el ejercicio autónomo de cualquier práctica.
3. No se educa para la autonomía, sino en la autonomía misma.

Decretar la autonomía de la gestión es un contrasentido que exhibe no sólo inmadurez política, falta de reflexión filosófica que sostenga un proyecto educativo congruente con la diversidad de nuestro país, desconocimiento del sistema educativo o indiferencia respecto a lo social. Se alude a las reformas en aras de superar una crisis, y se apuesta a que la educación brinde mejores oportunidades, pero estas no dependen exclusivamente de instancias educativas. Todo país que se precia de ser independiente se hace cargo de su educación, de

lo que produce su tierra –que lo hace sustentable–, de su política, de sus comunicaciones, de debates que evalúen el propio desempeño antes que depender de estándares o políticas internacionales que no se comprenden.

## 1

Los empeños educativos no generan las condiciones de autonomía en la socialización de los sujetos porque la organización y la estructura de la institución educativa no lo permiten; están superpuestas a una ideología de mercado que los hace transitar por el campo de la competencia más que en el de la solidaridad, la comprensión del mundo o el reconocimiento de las potencias de los sujetos que la constituyen.

Durante nuestro tránsito en instituciones educativas –estancias infantiles, primarias, secundarias y universidades– algunas condiciones nos advierten del desatino y la contradicción de pensar en una autonomía por decreto. Algunos hallazgos que sugerimos contemple el lector, parecerán endeble y evidentes, pero es en su propia evidencia que se han naturalizado al grado de quedar ocultos a nuestra mirada.

Las escuelas están organizadas jerárquicamente y todos los que trabajan en ellas tienen un lugar en esa pirámide jerárquica. En algún momento todos se someten a alguien. Así, el estudiante termina por ser sujeto de controles múltiples, cada uno lo acucia a la obediencia (sea al profesor, al prefecto, al orientador, al subdirector, al vigilante, al coordinador); el profesor modula sus acciones ofrecidas al coordinador, al director, a las instancias de gobierno de la SEP, que le indican cómo debe proceder ante determinados eventos y así sucesivamente.

De tal suerte que al director ni se le permite ni se le reconoce autoridad para decidir fuera de las exigencias de otros (imaginadas o concretadas en reglamentos), aun cuando las necesidades de su

población le griten lo contrario o exijan de él una decisión estratégica, conveniente, fuera de los marcos institucionales. Por el contrario, invoca a los reglamentos dotando así de una “autonomía” a esas regulaciones que se ha empeñado inconscientemente en hacer prevalecer, quedando condicionado por ellas. Los que han pasado por alto los reglamentos no lo hacen en favor de una exigencia de la comunidad educativa, sino en función, lo sabemos, de sus propios intereses, y eso es lo que hace más difícil reconocer la necesidad de lugares directivos, pues con el halo de poder se alientan prácticas de corrupción.

La fuerza instituyente de las escuelas se encarga de hacer prevalecer dinámicas y lógicas, a su vez que procura los intersticios de una cierta libertad que funciona como válvula para liberar la presión, paradójicamente, “autonomiza” los mecanismos de regulación social. Es decir que los sujetos de la institución olvidan que ellos los inventaron y los reconocen como estructuras inamovibles, subsumiéndose a lo que dicta la institución, olvidando o desconociendo que ellos la componen, la fortifican, se alienan perfectamente (Castoriadis, 2007).

## 2

Las relaciones jerárquicas presuponen una formación en la dominación, el sometimiento y la disciplina del cuerpo. Si retomamos a Legendre (1970), esto es herencia de las formas del Derecho romano que luego se refrendaron en la estructura religiosa y de ahí se difuminan a los modos de organización de otras instancias.

La formación, como se ha sostenido (Ramírez, 2010), es un proceso en acción, dinámico, permanente y discontinuo; no ocurre sin pespuntos o sin conflictos. Las formas forman, los modos de relación que sostenemos con otros forman, habilitan, generan condiciones para que pasen cosas, que después desconocemos como producto nuestro, lo imputamos a otros, instancias ideales, divinas o jerárquicas.

Lo que hemos observado en las secundarias visitadas es que la formación de los adolescentes transcurre en una confluencia de convocatorias a la sumisión y a la obediencia, donde las sanciones, las suspensiones, los regaños, las llamadas de atención, incluso gritos, violencia o agresión son los mecanismos por excelencia para mantener el “orden escolar” que detentan profesores, prefectos y directivos.

Estas formas no apuntalan sujetos autónomos y los que operan las sanciones tampoco lo son, pues responden a exigencias, protocolos, reglamentos que se han instituido imaginariamente y que hacen efectivos en su práctica. Trabajan así, para una palabra que desconocen y hacen todo lo posible por concebirle sentido. Así, la frase “esto es así porque así lo establece el reglamento” no exhibe un criterio autónomo, como tampoco lo exhibe la sanción, la vigilancia o la punición.

De tal modo se pende de los reglamentos cuando no se quieren tomar decisiones o se imputa competencia de resolución a otros: el subdirector, el director, la coordinación, el sindicato o el supervisor (comúnmente ausentes en el centro escolar), aunque un conflicto sea perfectamente solucionable sin ellos.

### 3

De tal suerte no se educa para la autonomía, sino para la dependencia, la obediencia, el sometimiento, la disciplina. Los sujetos educativos actuales no están preparados para la autonomía que supone la contienda política, la responsabilidad, la capacidad de decidir, de confrontar a otros, de decidir los propios caminos. Por el contrario, se huye de la confrontación, la crítica y el conflicto; los políticos la ahogan en demagogia y los educadores la asfixian en reportes, invocaciones a la autoridad de los padres o lo delegan a la suspensión del niño de las actividades escolares. Así se trabaja para una autoridad que se desconoce, para una institución en la que tampoco se reconoce uno mismo, ello es otro modo de depender; no dar paso a la acción autónoma de nuestras decisiones.

¿Por qué se le teme tanto a la potencia de los jóvenes?, ¿por qué se les sume en la ignorancia docta de las redes?, ¿por qué se prefiere la masa anónima por sobre la comunidad?, ¿por qué en vez de generar las condiciones para la autonomía, con los riesgos que esto conlleva, los sumimos en la absoluta inmovilidad detrás de las pantallas?, ¿por qué no son valoradas sus capacidades, sus potencias, sino su belleza y su juventud, enalteciendo su ignorancia y su falta de experiencia?, ¿qué se quiere desconocer del adolescente o del joven cuando condescendentemente se le autoriza una etapa de dispersión normal, esperable, legitimada?

Las escuelas que hemos visitado guardan diferencias abismales entre ellas, unas cuentan con el apoyo del Estado y otras exhiben el abandono del mismo. Pero en ellas hay semejanzas que dominan la dinámica interna de las instituciones.

¿Cómo se puede ser autónomo cuando para abrir espacios centrales como bibliotecas, salas de medios y talleres se necesita que llegue un responsable, pues en caso contrario es imposible iniciar la clase?, ¿cómo se puede apuntalar una relación de autonomía ahí donde la responsabilidad está recargada en una sola persona?, ¿cómo puede alentarse la lectura cuando las bibliotecas parecen propiedad de la dirección?, ¿cómo sostener autonomía cuando los jóvenes identifican a los orientadores como vigilantes?, ¿cómo aceptar autonomía cuando se obliga a esperar al director para tomar decisiones?

La reforma educativa ha sido planteada por sus impulsores (presidente, legisladores y ciudadanos entusiastas) como la salvación de un país en crisis aun cuando los argumentos sean endebles y estén llenos de contradicciones; subsanan ese cinismo con las mismas palabras poéticas que utilizaría cualquier empresario: competitividad, eficiencia, productividad, ganancia, aunados a una estrategia comercial, sugestiva, que asegura la percepción de que esa reforma resulta necesaria. Con mínima información, se aprovecha la candidez de los sujetos que aparentemente reconocen las anomalías internas de los procedimientos, pero desconocen los juegos de poder

que les subyacen. Eso queda oscuro, sólo en el saber de los que trabajan en las instituciones afectadas. Pero, ¿realmente qué se entiende por crisis?, ¿quién está en crisis?, ¿para quién es la crisis?, ¿por qué se está en crisis?, ¿cómo pretende salirse de ella? Son preguntas que nos parecen indispensables en el planteamiento de una reforma, pero ¿cómo hemos llegado a estas dinámicas de sometimiento e ignorancia que se entretejen en las prácticas educativas? Realizar un análisis histórico excedería el espacio aquí destinado, por lo que nos conformaremos con realizar un breve recorrido del contexto en el que estos acontecimientos se dan.

## UN POCO DE CONTEXTO

El llamado neoliberalismo es una versión “actualizada” del pensamiento liberal burgués que tuvo su origen en el siglo XVIII con Adam Smith, quien promovía abolir la intervención gubernamental, para favorecer el libre comercio lo que alentaba una ideología individualista. El liberalismo tuvo su auge durante el siglo XIX y principios del XX, en Inglaterra y Estados Unidos (las dos grandes metrópolis del capitalismo industrial). Sin embargo, fue severamente cuestionado luego de la *Gran depresión* que sacudió a Estados Unidos en 1929, pues *La riqueza de las naciones* que ofrecía Smith, había desembocado en una terrible crisis económica.

Para tratar de salir de la crisis, el liberalismo ortodoxo sería sustituido por una propuesta diferente, elaborada por John Maynard Keynes, quien sostenía que el capitalismo sólo podía crecer en la medida en que se garantizara el pleno empleo y, para conseguirlo, proponía la intervención del gobierno, quien a su vez debería promover el bienestar social. Esta propuesta dio origen al *New Deal* (Nuevo tratado) a través del cual el presidente estadounidense Roosevelt puso en marcha una serie de acciones y reformas que se derivaron en algunas mejoras en la condición de vida de los sectores de pauperados de la población. Los buenos resultados obtenidos



hicieron que en muchas partes se adoptara este tipo de política, apareciendo el llamado *Estado bienestar*.

Esta política fue puesta en entredicho por la crisis mundial del capitalismo que ocurrió a finales de los setenta. Fue entonces cuando la élite empresarial intentó revivir el liberalismo, a la par que implementó una serie de medidas económicas a nivel mundial que, favorecidas por el desarrollo tecnológico y la injerencia del capitalismo financiero, dieron lugar a la globalización. Paulatinamente el sector empresarial fue conquistando el bolsillo de políticos y autoridades estatales; esta alianza tomó fuerza en la organización de los Estados, alentando la gestación de una ideología que justificara acciones empresariales minimizando su control. Tuvieron lugar las firmas de tratados de libre comercio, un nuevo orden laboral que atentaba contra el salario, los derechos laborales y las organizaciones sindicales, la eliminación de aranceles, la condonación de impuestos, la reducción del gasto público en los servicios sociales de educación, comunicaciones, cultura y salud, así como un desaliento a la producción agropecuaria. Ello confortó la privatización de estos servicios y dio paso paulatinamente a la educación privada. También se alentó el surgimiento de industrias participantes en las tareas otrora reguladas por el Estado: el sector comunicaciones, los energéticos, el agua, las escuelas y hospitales, tendrán participación de iniciativa privada bajo las arengas de la competitividad, la excelencia y la eficiencia. Siendo así, la sociedad industrial en que vivimos cifra su desarrollo en la globalización de la economía que implica la expansión de los mercados y la liberación creciente de los procesos económicos (Moreno, 1992, p. 6).

Por medio de los tratados, los países desarrollados se disputaron el “Tercer Mundo” para instaurar en ellos mercados cautivos, controlar sus materias primas y asentar sus tecnologías; ello fue tejiendo su dependencia.

A la par que se dan estos cambios económico-comerciales, los países controlados por los tratados comerciales son obligados a: 1) abandonar las políticas del Estado benefactor, 2) privatizar la

mayor parte de las empresas estratégicas y de servicios de seguridad social y educación, 3) instaurar un modelo de producción flexible: disminuyendo al máximo la legislación laboral, controlando los salarios y promoviendo la reconversión industrial apuntalada en los avances tecnológicos (que sustituía la mano de obra y abarataba la producción).

Con la globalización se ha instaurado un *capitalismo salvaje* que ha operado y establecido una devastación social a fin de elevar al máximo las ganancias de las élites (cada vez más reducidas) que dominan la producción, el mercado y las finanzas. Al mismo tiempo que éstas multiplican extraordinariamente sus ganancias, creció en proporción geométrica la población que se sumaba a la pobreza y a la miseria extrema.

El capitalismo tejía su propia lógica, mientras sustraía la riqueza natural, material y espiritual de los pueblos; requería una ideología, formas de pensamiento que se alentaron desde los medios audiovisuales y paulatinamente fueron socavando sus formas de vida, su cultura y sus valores. La educación era un bastión de resistencia que habría que debilitar, se vulneró la identidad de los pueblos, se enaltecieron prototipos fenotípicos, promoviendo una ideología que naturalizaba las diferencias y urgía cambios en los modos de hacer y pensar. Los medios masivos fueron la herramienta perfecta para fomentar percepciones distintas respecto a la raza, las costumbres, a su vez que hacían germinar modos de pensar, ideologías de competencia, superioridad, diferenciación, se empezaba por socializarlos hasta al acostumbramiento, la naturalización y la legitimación, a grado tal que ya no se critican, sino que se idealizan.

De tal modo se expandieron los discursos empresariales que fueran sutilmente sembrados y adoptados en los ámbitos educativos. Los medios exhiben enalteciendo unos modos de ser, de pensar, de actuar y de sentir, y juzgan otros mostrándolos contrarios al progreso, la felicidad, el *glamour*. Los sujetos pugnan así por un reconocimiento en ese telar moderno, despreciando los propios rasgos de las comunidades, alentando modos de ser que desestiman sus

creencias y sus costumbres. Disparar a los sentimientos y los afectos moviliza a las masas hacia la ilusión de distinción. Con la misma idea de progreso obtenida en la acumulación de bienes, el capitalismo ha operado modificaciones múltiples en las tendencias de consumo explotando las pasiones humanas que testimonian las diferencias, las jerarquías, las competencias. Estas transformaciones poco a poco gestaron políticas, contenidos y transformaciones curriculares en la educación, se atentó contra la historia, la filosofía y las humanidades, alentando el progreso tecnológico y disolviendo la memoria de las naciones, su historia, sus símbolos, sus valores en favor de un progreso económico. Así, paulatinamente, destinaron a las masas a la ignorancia, al desempleo, la miseria y a la subsecuente violencia que ello genera.

#### **LA SOCIALIZACIÓN, EL PROCESO INVISIBLE**

Formar un estilo de vida que niega el pasado y busca una identidad que enaltece, prefiere o idealiza prototipos de belleza asociados al poder económico, aunado a la falta de oportunidades laborales, la reducción de los salarios, el desconocimiento histórico de las actuales condiciones, generó tácticas de la población; intersticios, pliegues donde asegurar fuentes económicas en busca de una calidad de vida distinta, quedando al abrigo de sí mismos. Es decir, sin ningún Estado benefactor, quedaban a la deriva; su cotidianidad impulsaba un “vivir al día” y sus proyectos a futuro se regulaban por la inmediatez de la satisfacción de necesidades. La falta de oportunidades laborales y educativas frustra a los jóvenes de cualquier perspectiva para el futuro, y más que pensar en la transformación social hacia la equidad y el bienestar común se alienta la competencia. La consigna de vivir para consumir lo que la sociedad les induce como una “necesidad”, se convierte en una meta inalcanzable y frustrante para la mayoría de la población que se depaupera cada vez más. Esa población compete por lugares en la educación,

pero al no alcanzarlos son nuevamente marginados del progreso, el desarrollo social y económico.

El capitalismo sustenta su desarrollo en el consumo acelerado de los recursos naturales y, atrincherado en la ideología de progreso y desarrollo tecnológico, se da aliento a la producción y el desecho a gran escala, lo cual significa paradójicamente destrucción y exceso que, aunado a las pleitesías a extranjeros o ricos, se naturaliza, otorga, asegura o refrenda poder irrestricto a los capitalistas que reclaman lugar, establecen alianzas con el gobierno o gestan sus propios cuadros en él para tener prerrogativas que aseguren su riqueza.

Algunos especialistas afirmaban que la depredación que se hace del medio ambiente desembocaría en una catástrofe ecológica de tal magnitud que provocaría un colapso en la naturaleza. Lo vivimos en la actualidad, aunque no con el impacto fulminante que se imaginaba, pues no todos viven las consecuencias de las decisiones políticas, la producción a gran escala, no todos los sectores se construyen como poblaciones de desecho. Con anuencia política se autorizan basureros radioactivos alejados de zonas residenciales, la erosión de la tierra de algunos países obliga a encarecer los productos, los desechos tecnológicos van en crecimiento, los gobernantes se ponen en subasta para emitir y apuntalar políticas que beneficien al mejor postor, entre otras cosas.

A una escala global, el *sobrepasamiento* y el colapso pueden suponer la ruptura de los grandes ciclos de apoyo de la naturaleza que regulan el clima, purifican el aire y el agua, regeneran la biomasa, preservan la biodiversidad y convierten a los residuos en nutrientes (Meadows, 1992, p. 166).

Lo que queda claro para los Meadows es que la sociedad y el planeta sólo podrán ser sustentables en un sistema social diferente al nuestro, donde no exista una insaciable búsqueda de acumulación de ganancias a costa de la destrucción del hombre y la naturaleza, sino cuidado y contención de la tierra que genera el alimento de ricos y pobres.

En síntesis, la ideología impuesta por Estados Unidos ha sido promovida desde dos vertientes: los medios masivos de comunicación y la educación, mismos que instituyen una estrategia de socialización contingente. Así, los primeros lograron:

1. Vulnerar la identidad nacional, imponiendo otra de manera más sutil y atractiva.
2. Generar el deseo del sueño americano como única vía para alcanzar el éxito y el bienestar. Lo cual conmina a la hipercompetencia, al individualismo y a las posiciones egoístas más recalcitrantes, pues no importan los medios sino los fines: el dinero, el poder, el reconocimiento.

El proyecto norteamericano se fraguaba porque los presidentes, formados en el extranjero, no sólo prometían el progreso, sino que se aliaban con empoderados empresarios, sin importar el giro productivo o de servicios que éstos tuvieran. Fueron la bisagra efectiva que lograba reconocer a un estado corporativo: los Estados Unidos. La ideología individualista ya había logrado que los mexicanos renegaran de sí mismos por no ser lo que el sueño americano esperaba.

En los sectores educativos se obligó a priorizar la técnica antes que la ciencia, la información fragmentada antes que la comprensión de la realidad, la importación de ideas antes que la generación propia de técnicas y estrategias que impulsaran el desarrollo de nuestra nación. Desde aquí:

- Se crearon discursos en las empresas acordes con los valores neoliberales: la excelencia, la calidad, el empoderamiento. Nuevos parámetros de explotación.
- Se impusieron y se siguen imponiendo discursos, técnicas y estrategias de certificación que legitiman las exclusiones a lo largo y a lo ancho de nuestro país, criterios con los que actualmente se evalúa a nuestros jóvenes al ingresar al trabajo, pero también a las escuelas.
- La calidad de vida se sigue midiendo por el nivel adquisitivo de cada sector.

- Se legitimaron las diferencias abismales: los salarios mínimos, la valuación de puestos, la lógica del que sabe más gana más. Sin embargo, no todos accedían a la educación, bien por su condición económica, bien por su forma de pensar.
- Colateralmente se pugnaba por un vaciamiento de contenidos educativos.
- Se instauraba la psicología como herramienta de dominación, estrategia de poder a partir de discursos sobre motivación y liderazgo, quedando cercenada la posibilidad de comprender y trabajar con las diferencias, para potenciar el desarrollo humano de las personas.

Paulatinamente, los profesionales técnicos preparados ahistóricamente en universidades, institutos tecnológicos, incluso en universidades públicas, impregnados del sueño americano de *glamour* y tecnología, se incrustan en nuestras instituciones sociales desde donde toman decisiones técnicas carentes de responsabilidad y compromiso social, que al estallarles en las manos en forma de movimientos sociales, inconformidades, resistencia o incluso en índices de delincuencia, responden con sorpresa y asombro, desconocen su contribución en ese estado de cosas y se refugian en los mismos mecanismos de coacción y coerción otrora ensayados por burócratas.

Se generan así respuestas como paliativo a los efectos de acciones y decisiones descontextualizadas, tomadas sin crear estrategias más allá de lo remedial. Se ensayan explicaciones ramplonas sobre lo social: “los pobres son pobres porque quieren”, “no nos hagamos los pobres, si sí tenemos”, “siempre va a existir la pobreza, qué le vamos a hacer”, “alguien tiene que sacar la basura, ¿por qué desear que todos entren a la Universidad?”, y un infinito etcétera.

## Se educa en la dominación

Se abrió y se sigue abriendo paso a una invasión cultural que promueve neologismos, isotopías de todo tipo. La mercadotecnia desdibuja toda riqueza cultural devastando las concepciones de mundo, de vida, de hombres y mujeres, obstaculiza la posibilidad, la legitimidad de la diferencia de pensamientos y promueve los valores ególatras, individualistas y cínicos que se ofrecen como productos de consumo.

Por otra parte, la censura, la desinformación y el amarillismo ganan terreno, se construye una cultura de masas ajena a la forma de pensar y los valores que antaño buscaban identidad y cohesión en los mexicanos. Se impulsa como modelo la forma de vida norteamericana y se acalla cualquier otra visión del mundo, creando subjetividades cínicas y confusas, indolentes e incapaces de dimensionar lo social.

No obstante, los parámetros de felicidad caen al precipicio de una producción subjetiva caracterizada por indiferencia, decepción, vacío, incredulidad, conformidad, insignificancia, depresión a las que se les da el mismo tratamiento: una loca carrera al consumismo en busca de paliativos, de placebos, de rebanadas de felicidad venidas de discursos banales. La excelencia conseguida que pisotea a los pares, la felicidad inmediata que viste artículos extraños, la calidad que establece estándares de producción que impide la variedad, la diversidad y la invención de nuevas formas de consumo, el empoderamiento reducido a una elección de opciones, la toma de decisiones legítima sólo si está dirigida a la ganancia, la mayor responsabilidad no remunerada, pero reconocida puerilmente, la envidia como forma primordial de reconocimiento social, entre otras cosas.

El neoliberalismo norteamericano logra un Estado mexicano aliado con las empresas transnacionales que favorecería el ingreso de productos importados, en apariencia benéficos para la economía familiar, pero que hacen quebrar a las empresas y a los productores agropecuarios nacionales.

Los capitalistas conminaron al Estado a una política de reducción del gasto público lo cual afectó en cadena a múltiples sectores, entre ellos, el campo. Los campesinos intensificaron la emigración al país vecino, mientras que el gobierno en vez de buscar reactivar la producción nacional agropecuaria, se empeñó en establecer acuerdos migratorios, legitimando la devastación del campo cuya producción agrícola es pagada míseramente por los distribuidores en las grandes centrales de abasto del país. Las respuestas no se hacen esperar: la protesta de los campesinos, que prefieren tirar su producto ante los ojos de una sociedad que los enjuicia, sin advertir que tirarlo en barrancas, es expresión de su impotencia, consecuencia de la infamia distribuidora y retrato de la miseria humana en la que viven muchos y somos responsables todos.

Paulatinamente, nuestro país es cada vez más dependiente en materia alimentaria. Productos otrora exclusivos de nuestras tierras ahora se venden a los mexicanos efecto de la biotecnología transgénica. Sucede lo mismo con la carne, los productos del mar, la leche, las aves, los frutos cuya consistencia y calidad no se asemejan al sabor de los producidos localmente, pero que son observados bajo la lógica de las certificaciones, haciéndolos competir con sus similares sólo que producidos en el extranjero en mejores condiciones, gracias al proteccionismo de sus gobiernos.

Por su parte, las empresas ensayan tibias estrategias paliativas, se curan en salud mediante discursos de responsabilidad social, ética, moral y filantropía. Discursos que desconocen la realidad social, que impiden una visión de contexto, que conminan a respuestas parciales que producen más problemáticas en el complejo social. Están más preocupadas por cambiar la imagen que tienen en la sociedad que cambiar radicalmente las lógicas de relación del sistema económico que les dio vida y que les depara un destino igualmente funesto.

Curiosamente, con estos mismos criterios se accede a evaluar a las instituciones sociales, imponiéndose los mecanismos de evaluación de las empresas, burocratizando enormemente las prácticas



administrativas –en aras de la documentación–, produciendo un descontento generalizado por una mayor exigencia en responsabilidad, trámites y horarios que no tienen remuneración. Así, se instala un neocolonialismo en sentido laboral. No nos extraña que el país vecino o el estado corporativo que ha impuesto las certificaciones, con base en ellas dictamine algún día: “México no puede hacerse cargo de sus problemas sociales por lo que es mejor que lo dirija un líder estadounidense”. El gran proyecto se cumple.

Las empresas responden a una ética propia: la ganancia. Ese es el sentido de su existencia y difícilmente podemos aspirar a una mejor vida social si ella no es revocada.

No es posible pensar en salir del caos haciendo prevalecer las mismas lógicas, los mismos errores, ignorando los efectos de un proyecto que no sólo no es nuestro, sino que ha tenido efectos en lo social (inconformidad, violencia, desidentidad e indiferencia), en lo económico (dependencia, miseria y pobreza extrema), en lo político (toma de decisiones descontextualizadas de la propia realidad, sin reconocimiento de la diversidad y la alteridad) y en lo educativo (la deificación de las técnicas antes que la comprensión histórica de la realidad propia), en lo ambiental (cambios en la atmósfera, en los suelos, las aguas, las plantas, los animales e incluso en el mismo hombre quien, en la actualidad, es víctima de nuevas enfermedades). Todas ellas son consecuencias del sistema económico social que nosotros mismos ayudamos a fincar con nuestros discursos, con el entusiasmo de filosofías humanistas anglosajonas y el optimismo ingenuo de la importación de modelos e ideologías, con nuestro consumo y acumulación, con nuestra subjetividad y nuestros ideales de liderazgo, excelencia y calidad que sólo fortalecen al país vecino, considerado por sus mismos habitantes el “Estado corporativo”.

No podemos negar que la estrategia económica del estado neoliberal que ha impulsado un capitalismo a ultranza y con ello ha valuado a las empresas como trampolín de desarrollo económico, ha producido múltiples efectos en nuestro planeta:

El calentamiento global de la atmósfera debido a la industria, el adelgazamiento y el deterioro de la capa de ozono, la creciente contaminación del agua, el aire y el suelo por la descarga de residuos industriales, la erosión de la tierra debido a prácticas agrícolas, la deforestación de los trópicos por la sobreexplotación de la madera, la expansión de las ciudades en detrimento de los sectores agrícolas, la pérdida de especies animales y vegetales por el rompimiento de las cadenas ecológicas, la degradación del suelo en el hábitat agrícolas y naturales, etcétera. Todo esto también ha impactado en las formas de organización humana, que en aras del progreso ha privilegiado las políticas de comercio, ha montado un dispositivo de extremo respeto por la industria y las decisiones de empresarios que obvian la condición humana social y su capacidad económica (Ramírez, 2000, p. v).

Las empresas están obligadas a dar la cara por los efectos de sus lógicas productivas y comerciales, esto es regresar a la tierra lo que toman de ella, cuidar los recursos y el ambiente que las abriga.

## **LA EDUCACIÓN RESPONSABLE Y AUTÓNOMA**

Es necesario revocar la noción de responsabilidad social que se reduce a un “remedio” en el que las empresas expían su cargo por la devastación de la naturaleza. Resulta necesario pensarla más como un estilo de vida. Ser responsables en la vida cotidiana implica hacernos cargo de nuestras cosas, cuidar de nosotros y de los demás (pues lo que les pasa a ellos, nos pasa a nosotros), proteger la naturaleza como parte de nosotros mismos, ser respetados y reconocidos en nuestra diferencia. Significa la posibilidad de lograr un lugar dentro de un sistema social justo, siendo funcionales, pero también existiendo y siendo respetados.

Ser responsables significa tener conciencia de nuestros actos y saber que tenemos que responder por ellos, dar la cara por lo que hicimos o por lo que hacemos.

No se trata de filantropía, pues ella sólo justificaría el estado actual de cosas, y no cambiaría el caos en el que actualmente vivimos. Las empresas tienen que ser responsables de sus actos y de los procesos que realizan, no usar el término para vestirse de filantropía como publicidad ética para ganar más consumidores. La *responsabilidad social* de las empresas implica hacerse cargo de las consecuencias de sus acciones, respecto a la destrucción ambiental por los efectos de su producción, para buscar las formas en que ésta se realizara sin destruir el medio ambiente, creando y siguiendo prácticas contingentes para preservar los recursos naturales de los que todos vivimos.

Ser responsable implica: asumir y anticiparse a las consecuencias de nuestros actos y de nuestras decisiones, para poder tomar providencias sobre ellas; hacernos cargo de nuestra tierra, de nuestra educación, de nuestra alimentación, de nuestras comunicaciones, de nuestra salud. Un país que no se hace cargo de lo anterior está condenado al exterminio.

Ciertamente, se nos puede reprochar que no estemos en condiciones de cerrar nuestras fronteras, como en su momento lo hizo Japón posibilitando así, la construcción de una identidad nacional que los hiciera fuertes para después abrirse al mundo. No obstante, las advertencias de los organismos internacionales de cuidado del ambiente, equidad y equilibrio económico, en sistemas sustentables, son el intersticio donde se puede construir una nueva forma de organización social. Es decir, generar un sistema donde el sustento de unos no sea a expensas de otros, donde todos tengan cabida, sean valorados independientemente de la función social que detenten.

## LA SUSTENTABILIDAD Y LA AUTONOMÍA

La sustentabilidad ha sido interpretada de múltiples maneras, para los empresarios es generar las estrategias organizacionales

que protejan sus ganancias, para los ambientalistas es cuidar la naturaleza y proteger el ambiente, para algunos ingenieros es un problema práctico de relación entre el género humano con lo que le procura sustento, para algunos otros significa igualdad de oportunidades, para las sociedades representa proveer a sus integrantes de sustento para vivir el presente sin poner en riesgo la vida de sus futuras generaciones, lo cual implica administrar los recursos y así evitar la escasez y fincar las oportunidades para generar la abundancia.

Ser sustentable no sólo depende de la actividad filantrópica empresarial, sino de un contingente de acciones que regulen las prácticas sociales, fortalezcan las instituciones sociales al servicio de los individuos (y no a la inversa) y su regulación social, promuevan la formación de subjetividades responsables y estratégicas que sean capaces de rebasar la lógica empresarial y de crear las oportunidades para vivir una vida más digna, para generar una cotidianidad vivible en cada uno de los sectores de la sociedad.

Esto nos obliga a una unidad que no tenemos, pues entre nosotros hay diferencias abismales: económicas y educativas, que los favorecidos por el sistema no están dispuestos a perder en aras de una mejor vida para ellos. Es necesario empezar a rescatarnos, a construir un proyecto educativo y económico que tienda a dar “casa, vestido y sustento” a nuestra población, no sólo que enriquezca a ciertos sectores de la sociedad.

Ahora bien, podemos advertir el panorama que se nos avecina si seguimos valorando las instituciones sociales, educativas y organizaciones productivas bajo los parámetros empresariales, que han generado la problemática social que actualmente nos rebasa. Estamos cavando nuestra tumba, pues las consecuencias de la lógica empresarial son una bomba de tiempo, dados los impactos que han generado a nivel social y ambiental. No podemos ceder a los empresarios los proyectos educativos, como ellos desean, y tampoco podemos cederles el proyecto político social, porque no tienen los elementos para entenderlo; ellos sólo saben hacer dinero,

están centrados en las ganancias y requieren personas formadas de maneras extraordinariamente flexibles, capaces de entregar su vida y siempre estar dispuestas a ser despedidas.

¿Existirá la voluntad de un cambio radical?, ¿los empresarios estarán dispuestos a reducir sus ganancias a un 50% y poner en circulación todo lo demás?

Referirse al desarrollo sustentable resulta muy complejo, pues supone no sólo responder a las exigencias mundiales de preservación de la naturaleza para enfrentar las necesidades actuales sin poner en peligro las capacidades de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades (Meadows, 1992), sino la visión contextualizada de cuáles son esas necesidades y esas capacidades que tiene cada región del país para enfrentarla, así como el reconocimiento de los límites propios de los recursos impuestos por el avance tecnológico y la organización social. Lo cual nos obliga a trabajar con nuestras diferencias abismales, reconocerlas e intentar convenir con ellas.

Conocerlas obliga a un proyecto educativo preciso: es necesario investigar y realizar análisis críticos que examinen nuestras condiciones de vida, nuestras potencialidades de desarrollo, nuestros proyectos educativos y, por lo tanto, crear las estrategias que nos impulsen al sustento de todos.

Pensar en la sustentabilidad en nuestro país dada su diversidad (etnias, climas, costumbres, etcétera) deberá tomar en consideración no sólo la relación de los hombres con la naturaleza, sino la relación misma entre los hombres, los índices demográficos, las prácticas económicas de cada región, las prácticas de subsistencia, así como advertir las culturas, las costumbres alimenticias, las concepciones de hombre y de vida; advertir las lógicas y las políticas económicas que impiden o favorecen el desarrollo y el progreso. Todos estos temas exigen, por su complejidad, una coordinación de esfuerzos para los que muchas veces no se tiene voluntad de reflexión; generando una toma de decisiones descontextualizada que impiden el progreso o la misma sustentabilidad, pues no se trata de frenar el desarrollo de una región en aras

de salvar un recurso sino de crear las condiciones convenientes para que pueda haber desarrollo y sustentabilidad al mismo tiempo (Ramírez, 2000).

Para planificar el desarrollo sustentable se necesita una revolución en la toma de decisiones económicas y políticas, pero fundamentalmente requiere una práctica administrativa-social-educativa distinta, pues es ésta desde donde los cambios pueden operarse, ser concretados, inaugurando nuevas formas no sólo de pensamiento, sino de acción, esto implica crear las oportunidades para el cambio.

De nada sirve adoptar conceptos que pretenden imprimirle un sentido a nuestra vida o calmar los gritos de una conciencia que nos enfrenta a nuestra miseria, es necesario que construyamos prácticas de acuerdo con nuestros contextos y condiciones. Es necesario superar continuamente lo que somos, pero no en detrimento de nuestra tierra o nuestra humanidad.

Es imprescindible reconocer los objetivos de cada institución y crear las oportunidades para que se evalúen, se autotransformen y se genere conciencia sobre lo fundamental de su existencia, mediante la generación, además, de los mecanismos para actuar de manera autónoma.

Es necesario hacer un llamado nacional, concientizar a cada sujeto de su historia, formarlo y permitirle desarrollarse, crear las estrategias formativas para que genere creativamente respuestas ante emergencias sociales. Darle la oportunidad de comprometerse consigo mismo y con los demás.

Desde esta perspectiva es necesario contemplar un proyecto de país e inaugurar nuevas lógicas de relación que, por cierto, pondrán a prueba nuestra congruencia e identidad, nos harán saber la madera de la que estamos hechos.

¿Cómo hacer de la responsabilidad social un estilo de vida? ¿Cómo podemos cambiar nuestro estilo si nunca hemos vivido otro, si nadie ha explorado que podemos existir, ser reconocidos, ser seguros de otra forma que no sea el consumismo? ¿Cómo podrían los empresarios conformarse en ganar menos si llevan años

enriqueciéndose con la lógica de la ganancia y ahora sacan provecho de un débil Estado? Las respuestas a estas preguntas nos llevarán tiempo, porque somos efecto de ese sistema advertido por Lasing hace noventa años (en 1924) y llevamos toda nuestra vida pensando como pensamos, ¿cómo podríamos pensar de otra manera?

Las estrategias para lograr una sustentabilidad tienen que construirse e implementarse de forma contingente, pero bajo una perspectiva integradora que nos permita rescatar acciones en los planos: ambiental, financiero, educativo, alimenticio, de gobierno, de salud, y ello obliga a otro tipo de relación social y comunicación efectiva. El futuro puede diseñarse, planearse estratégicamente. Pero generar un proyecto como el que propongo merece un trabajo multidisciplinario y un profundo conocimiento histórico que obliga a la convicción ético-educativa de un proyecto de nación que nos llevará mucho tiempo promover. ¿Estamos preparados para eso?

Pensemos: ¿no sería mejor formar a nuestros administradores, politólogos, economistas, legisladores, médicos, psicólogos, pedagogos, etcétera, con una visión históricamente contextualizada, de crítica profunda, responsable y ética, en lugar de obligarlos a paradojas y contradicciones (como la educación por competencias) que fomentan en ellos una razón cínica y, en el peor de los casos, los conminan a la corrupción? ¿No sería mejor formar al hombre con compromiso social que formar a los hombres sin responsabilidad alguna, pues no son ni de aquí, ni de allá? ¿No se trata de generar a nuestros presidentes, gobernantes y administradores que coordinen nuestras instituciones públicas, en vez de gastar enormes cantidades en programas certificatorios y de transparencia que pretenden remediar la corrupción generada desde unos profesionistas sin conciencia social?

Es imprescindible formar a nuestros profesionales con una visión contextualizada histórica, económica y políticamente, con la capacidad de comprender la subjetividad humana, iniciando por reconocer la propia. Formar profesionistas versátiles, multidisciplinarios,

conscientes, preparados para la gobernanza, para generar los recursos para su propia subsistencia, o aquellos que se integren a las empresas lo hagan con una visión ética y de responsabilidad social, que permita el bienestar del ambiente, de los empresarios y de los trabajadores que la hacen posible. Fundamentalmente que sean capaces de diseñar las estrategias para un sistema sustentable sin que se atente contra la existencia de las empresas nacionales.

Hacernos cargo de la educación orientada socialmente. Donde la responsabilidad social sea el parámetro de evaluación educativa, y la ética, el sentido de la acción de nuestros actos más que un eslogan o banderines con fines mercadotécnicos.

Fortalecer e impulsar la identidad nacional. En las universidades no podemos formar a los profesionistas de la gran aldea global porque no hay espacios laborales para ellos, porque impera en todas partes del mundo un racismo si no es que xenofobia.

Es necesario transitar de una lógica de la ganancia a una lógica de economía sustentable, transitar del consumo irracional a una visión del mundo que apunte al bienestar social y ecodesarrollo que inauguraría nuevas formas de distribución; sólo así impediremos el engendramiento de un hombre resentido que por el momento no tiene ni nombre ni rostro ni espacio definidos, pero ¿quién nos asegura que tarde o temprano no se levantará en contra de su verdugo? Nietzsche lo describe así:

[...] el hombre del resentimiento no es ni franco, ni ingenuo, ni honesto y derecho consigo mismo. Su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos, los caminos tortuosos y las puertas falsas, todo lo encubierto le atrae como su mundo, su seguridad, su alivio; entiende de callar, de no olvidar, de aguardar, de empuqueñecerse y humillarse transitoriamente (Nietzsche, 1996, pp. 44-45).

Es necesario no sólo apuntalar la producción agropecuaria, no sólo normar a las empresas para hacerse cargo de su producción de basura, fundamentalmente aquellas cuyos deshechos tengan un



destino de reciclaje: pilas, fábricas de guantes, desechos tóxicos, aluminios, vidrios, etcétera, sino formar, educar al hombre que no sienta vergüenza por sus raíces, ni trate de ser superior subiéndose en la espalda de otros. Es necesario formar al hombre que no desconozca su historia, pero que tampoco quede atascado en ella.

¿Cómo empezar y por dónde? Comencemos por plantearnos preguntas simples: ¿Queremos un país? ¿Queremos una nación? ¿Cómo la queremos? ¿Qué tipo de vida queremos? ¿Qué quisiéramos ver cuando paseamos por nuestro país en vez de ver miseria, pobreza, basura, invasión o exterminio? Conforme advirtamos la complejidad de las respuestas, generaremos las condiciones y los espacios para la transformación.

Invitamos al lector a tomar el riesgo: Desnaturalicemos nuestras palabras y nuestras prácticas de violencia, racismo e intolerancia; en sentido contrario de lo que han abonado los medios de comunicación con el parangón del entretenimiento y la democracia.

Se nos ha cuestionado si parte del colapso no es la resistencia de las universidades por ser evaluadas pues, desde algunas perspectivas empresariales, la UNAM presenta profundas deficiencias, prácticas sociales y administrativas que impiden un cumplimiento cabal de las actividades sustantivas a las instituciones de educación superior.

Permítaseme una digresión: indudablemente todos los sectores sociales han contribuido al colapso; los medios masivos al ser difusores de identidades individualistas, ególatras e irresponsables; los intermediarios que comercian encareciendo los productos de fabricantes industriales o productores agropecuarios; los políticos al tomar decisiones que responden más a su conveniencia personal que a los intereses colectivos; los secretarios y directivos de las instituciones educativas que ignoran los objetivos de la función por la que existen; la sociedad en general al convertirse en sujeto de consumo para asemejarse lo más posible a modelos extranjeros, al importar formas de ser, de actuar, de hablar, desconociendo sus condiciones políticas, históricas y sociales, y a su vez, fortaleciendo valores que revocan el derecho a ser diferente; empresarios del sector turístico

que depreedan nuestro ecosistema y no se hacen responsables de los deshechos que generan desde sus ámbitos, pasando la factura a la población del territorio que les da abrigo; los centros de diversión nocturna para jóvenes que alientan discriminación y racismo cuando éstos no cumplen con los estereotipos de belleza anglosajona.

Aunado a esto, la explosión demográfica que exige satisfacción de las necesidades humanas más básicas y que es un factor que impacta no sólo en la generación de pobreza, sino en las formas de relación humana. Tolerando la corrupción y condicionando su operación subrepticia con el consentimiento del silencio generalizado. Todo exhibe irresponsabilidad o indiferencia. *Costco, Sams, McDonalds, Cinemex, Cinemark, Cinépolis, Starbucks*, los complejos comerciales, los centros de recreación infantil, y en general aquellos lugares que exigen jóvenes estudiantes e incluso reclutan niños, contribuyen a generar desigualdad, pues con la arenga de apoyarlos en sus estudios y hacer su contribución social les pagan sueldos míseros.

No sostengo aquí la idea de que las universidades no sean evaluadas, lo que se desprende de este trabajo es que las instituciones sociales en general, y entre ellas las educativas, no pueden ser evaluadas bajo los parámetros empresariales, dado que tienen objetivos diametralmente opuestos a las empresas, y pretender evaluarlas de la misma manera confunde los objetivos de toda institución social. Las universidades deben implementar sus propios mecanismos de evaluación, hacerse responsables de la formación ética, estética y política de sus alumnos, impulsar la investigación rigurosa, los programas de intervención que articulen a los jóvenes universitarios en la solución de problemas, lo cual obliga a construir subjetividades con profunda conciencia histórica, críticas analíticas, estratégicas y congruentes entre su pensar, su sentir y su actuar. Incorporadas al trabajo estarán obligadas a ser propositivas, a tomar las decisiones más convenientes para todos y no tendrán que refugiarse en la corrupción porque habrán sido construidas en la crítica, en una profunda conciencia histórica y exigidas de una creatividad responsable socialmente.

Lo que anoto aquí es que ni siquiera los empresarios pueden regirse por las políticas internacionales con las que pretenden ser medidos, porque ellos saben muy bien que esas políticas han sido el verdugo que ha hecho quebrar a muchos sectores productivos nacionales, por sólo ejemplificar: los sectores agrícola, avícola, cárnico, así como la industria textil, incluso la artesanal. Sostengo que es necesario poner en tela de análisis esas políticas, generar los espacios de discusión necesarios para una toma de decisiones responsable que no atenten contra los industriales nacionales, pues ellos están en la mira y al tratar de responder importando políticas no sólo ignoran la responsabilidad social que les es intrínseca, sino que atentan contra sí mismos.

Pensar en la responsabilidad social sólo como una estrategia organizacional para asegurar la ganancia o como un recurso de protección para la misma, conlleva el mismo riesgo que anteriores modas, pseudofilosofías, conceptos importados por las empresas: la excelencia, la cultura de calidad, el empoderamiento y, sabemos bien, que encuentran su límite en la indiferencia, la confusión, la simulación y el cinismo que dan lugar a la corrupción, por lo tanto son temporales y contribuyen a complejizar más su mundo económico. De todo ello están conscientes incluso los norteamericanos, quienes reconocen que es fácil administrar los recursos materiales, financieros, pero el potencial humano es siempre lábil, resbaladizo.

El deseo humano es inatrapable y las pasiones humanas son indirigibles, por ello recurren a la coacción, a los tratados de libre comercio, a las certificaciones que, dicho sea de paso, constituirán el pretexto de los grandes negocios de consultoría que vigilen y controlen que se lleven a cabo las políticas internacionales, sin que por ello éstos se conviertan en productivos o generen riqueza alguna al país.

Hablar de responsabilidad social como una estrategia organizacional para generar mayor riqueza, para asegurar el nivel de ganancias o para proteger la que han generado las empresas, es un contrasentido del mismo concepto, tanto como lo es una autonomía

por decreto. Las empresas habrán de generar riqueza, las universidades el potencial humano responsable, analítico, prospectivo y profundamente consciente de su historia, capaz de generar estrategias, donde la responsabilidad social se apunte en acciones autónomas y no se contrapongan al crecimiento o al desarrollo de su país; es decir, capaz de generar las estrategias de crecimiento siendo autónomos y, además, responsables socialmente. Las empresas demandan el potencial humano altamente dócil, flexible, dispuesto a encarnar la camiseta, pero siempre dispuesto a ser despedido; generan al hombre de la incertidumbre, dependiente, profundamente angustiado que trabaja amedrentado, lo que tiene altos costos sociales. Ante tal embestida, la Universidad habrá de formar tanto a profesionales que den respuestas congruentes con la realidad nacional como formar a empresarios en prospectivas sociales y futuribles que les permitan no sólo la riqueza del momento o el remedio que disimule una toma de decisiones descontextualizada, y gobernantes que superen su ambición de poder y dinero. Por eso los espacios universitarios son valiosos, pues representan un esfuerzo que debe impulsarse permanentemente, para hacer vínculos con los distintos sectores de la sociedad.

Los jóvenes de las universidades públicas a menudo se focalizan como empleados y con frecuencia son marginados por su imagen o por la institución educativa de la que proceden. Estudiantes y empresas deben revocar el fútil destino que les tiende esta educación en la servidumbre. Es necesario que se planteen una visión autónoma, contextualizada, histórica y prospectiva. Pensamos que es dable hacerlo, pues al pensar a la autonomía como la condición de “darse ley a uno mismo”, obliga a reconocer ¿qué se quiere, con qué se cuenta y para dónde nos dirigimos?, ello posibilitará las condiciones para generar las leyes necesarias de convivencia y regulación de nuestras acciones.

Los empresarios mexicanos se enfrentan a una lógica capitalista que los consume y con frecuencia los lleva a la quiebra: por un lado, “compiten” con las transnacionales que han creado alianzas

políticas, comprado pleitesías para abatir aranceles, evadido impuestos, legitimado su comercio, además de debilitar las funciones del estado de bienestar, condicionando la generación de estrategias y políticas económicas que les permitan operar en el país sin demasiados diques. Ello ha llevado a privatizar los servicios sociales y detractor las condiciones laborales, atentando contra la libertad de organización y particularmente contra los sindicatos. Este hecho deja a la deriva a los trabajadores, quienes se ven envueltos en una lógica de trabajo temporal permanentemente, ello abona a la generación de un ejército de desempleados que les asegura preservación a las transnacionales, pues no están obligadas a asegurar condiciones laborales dignas, ya que a más disponibilidad de recursos humanos menos condiciones laborales ofrecidas. Si alguien rechaza la oferta de trabajo, siempre existe aquel que por necesidad acepta condiciones desventajosas.

Por otro lado, los profesionistas formados en la servidumbre, desconocen las circunstancias específicas y la funcionalidad que tienen en el proyecto político y económico de sus empleadores.

Los trabajadores que se emplean en transnacionales son tratados, formados y desarrollados en la indiferencia, la competencia, el conformismo, y aunque pueden revocar esa condición, prefieren ser parte de la alta rotación de personal replicándola en cada experiencia laboral, no presentan solidaridad ni alianza (Sennett, 2012). Se asumen así trabajadores temporales que, necesitados del trabajo, son vulnerables y aceptan cualquier condición. Pero al regirse por discursos empresariales, la Universidad gesta subjetividades similares con la desventaja que sin formación histórico-política ignoran las potencialidades de ser empresarios locales. Así estos últimos se encuentran en un doble embate: la competencia extranjera que los sofoca paulatinamente y un personal que no se compromete, pues reclama derechos y bienestar antes que exhibir compromiso y responsabilidad.

## REFLEXIONES FINALES

Es necesario desarrollar un pensamiento autónomo, capaz de visualizar prospectivamente las potencialidades de las empresas mexicanas, reconocer la importancia de su historia e ideales, para apuntalar su desarrollo. Es imprescindible formar en la autonomía que respeta las diferencias con los costos que eso conlleva y capaz de abolir desconfianza, incertidumbre, exclusión.

Los empresarios deben reconocer que los universitarios, no obstante los embates a la educación pública, son formados en el contexto y son capaces de saber de sus necesidades y ensayar respuestas prospectivas. Y los jóvenes, por su parte, asumen y reconocen la responsabilidad social que les corresponde en la construcción nacional, en y con las instituciones sociales desde donde pugnar por objetivos más convenientes a la sociedad y, antes que técnicos o dirigentes, pensar en el mundo al que responden, sus necesidades, sus posibilidades, sus vicisitudes y su contribución a la vida social.

Hay un juego particular entre empleo, escuela y tiempo. En la medida en que nuestra juventud ha introyectado que la mejor manera de ser excelente es ser económicamente superior a otros, los jóvenes se incorporan a un ámbito laboral acuciante. No sólo para ayudar económicamente a sus padres —quienes son considerados prematuramente ancianos inservibles para el trabajo—, sino para lograr el reconocimiento social de progreso y éxito asemejados a su potencialidad de consumo.

El tiempo de nuestros jóvenes no debe estar destinado únicamente a la reproducción económica. Es necesario generar las condiciones para ver la vida de otra manera y valorarla fuera de los parámetros de calidad aunados a la acumulación. Reconocer y fomentar el bienestar social más allá de la potencialidad de consumo, la competencia, la ganancia o la capacidad adquisitiva, formarse para el desarrollo de sus potencialidades, la evolución de su espíritu; actuar en la autonomía reconociendo su condición humana que es compartida por muchos sin temor a ser distinto.

La educación tiene el compromiso social de forjar las condiciones que potencien las cualidades humanas. Antes que disciplinar o normar el proceso creativo se requiere apuntalarlo, promoverlo, posibilitarlo. No importa cuánto nos tardemos (las condiciones en que vivimos actualmente son resultado de muchos años de formación política pobre, una gestación que ha requerido paciencia de políticos y empresarios extranjeros). No podemos seguir dejando que otros decidan por el futuro de nuestros productores, nuestros empresarios, nuestros industriales, nuestra educación, nuestra salud, nuestra alimentación, nuestra política, heredando con ello el colapso a nuestros jóvenes y niños. Resulta imprescindible generar a los dirigentes de este país más que importarlos, es necesario luchar con fuerza contra el conformismo, la indiferencia y el cinismo.

Para ello se necesitan las condiciones que posibiliten el desarrollo de políticas educativas, de empleo y poblacionales que procuren el trabajo y la remuneración dignas. Formar en la autonomía, en la crítica social, con el proyecto de potenciar el desarrollo y la condición humana. Queremos una educación que deje de lado las imitaciones, la importación de políticas económicas. Y más que crear prototipos de productos que pronto se convertirán en desechos, resulta indispensable valorar nuestras condiciones, necesidades y potencialidades culturales. Es necesario que ellas se conviertan en la guía de nuestra educación autónoma, potente y solidaria.

## REFERENCIAS

- Anzaldúa, R. (2003). Reflexiones sobre la formación y tendencias educativas en el escenario actual. En Ramírez y Anzaldúa (coord.), *Formación y tendencias Educativas*, 2a. ed. México: UAM-A.
- Aubert, N. y De Gaulejac, V. (1993). *El coste de la excelencia. ¿Del caos a la lógica o de la lógica al caos?* Buenos Aires: Paidós contextos.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets editores [ensayo].

- Dejours, Ch. (1998). *El factor humano. Asociación, trabajo y sociedad*, Programa de investigaciones económicas sobre tecnología, trabajo y empleo (Conicet). Buenos Aires: Lumen Humanitas.
- Del Río, E. et al. (1991). *Formación y empleo*. Barcelona: Paidós.
- Excelsior (2013). Reforma Educativa. México. Recuperado de [www.excelsior.com.mx/topico/reforma-educativa](http://www.excelsior.com.mx/topico/reforma-educativa) (Consultado el 12 septiembre).
- Goldrat y Cox (1999). *La meta*, 8a. ed. México: Ediciones Castillo.
- González Casanova, P. (2013 (2001)). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México: Ediciones Era (Col. Problemas de México).
- Hood Ch. y Jackson, M. (1997). *La argumentación administrativa*. México: FCE/UAC/CNCPAP.
- James, G., Hull, G. y Lankshear, C. (2002). *El nuevo orden laboral. Lo que se oculta tras el lenguaje del neocapitalismo*. Barcelona: Ediciones Pomares (Col. Educación y conocimiento).
- Meadows, D. et al. (1992). *Más allá de los límites del crecimiento*. Madrid: El País.
- Miklos, T. (2000). Transición del paradigma administrativo al paradigma directivo. En B. Ramírez. *Administración y sustentabilidad*. México: UAM-A.
- Moreno, P. (1992). Política económica de la Modernización Educativa en México. *Pedagogía*, 8 (1), febrero-abril, 6.
- Murga, M. L. (2000). Desarrollo sustentable. Utopía o simulacro. En B. Ramírez (coord). *Administración y sustentabilidad*. México: UAM-A.
- Nietzsche, F. (1996). *La genealogía de la moral*. México: Alianza Editorial.
- Presidencia de la República (2013). Reforma Educativa. Ley General. Recuperado de [www.presidencia.gob.mx/reformaeducativa/.../reforma-a-la-ley-general](http://www.presidencia.gob.mx/reformaeducativa/.../reforma-a-la-ley-general) (Consultado el 11 septiembre).
- Ramírez, B. (coord.) (1998). *El rol del administrador en el contexto actual*. México: UAM-A.
- Ramírez, B. (coord.) (1999). *Ética y administración*. México: UAM-A.
- Ramírez, B. (1997). *Vínculos y fantasías del estudiante de administración de empresas en aras de su integración al ámbito laboral*. México-Nápoles: UAM-A.
- Schoijet, M. (1993). El Club de Roma y los límites del crecimiento. *Economía Informa*, ( 213), enero.
- Sennett, R. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Anagrama (Colección Argumentos).
- Tamames, R. (1977). *Ecología y desarrollo. La polémica sobre los límites del crecimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zemelman, H. Homogeneización y pérdida de la subjetividad en la globalización. En *Globalización, exclusión y democracia en América*.
- Zermeño, S. (1996). *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*. México: Siglo XXI Editores.